

Decadencia
de un hombre-orquesta

MagdalenaBarrio

Tengo la sensación de haber nacido mal. Quizá por ser adoptado, o porque nunca he trascendido de mí mismo, no he llegado a entender la vida. Sin embargo he hecho mucho ruido. Todo toqué y a todo soné. Estuve bien dotado, pero hoy no me reconozco. Colocado aquí parece que he sido siempre un tipo aburrido.

A los tres años, mis padres descubrieron que no podía hablar, pero tardaron tiempo en entender por qué. Eran personas muy positivas y abordaron mi dificultad sin dramatismo. Me compraron unos platillos y enseguida aprendí a tocarlos para decir sí y no.

Poco después hubieron de asumir que no era capaz de distinguir las letras, pero me entretenía mucho deslizado mi dedo sobre dibujos de pentagramas, de los que se cuelgan las notas musicales. Para sacarme del ensimismamiento de las fusas y las corcheas, me regalaron un tambor. Sus repiques sirvieron para ampliar mi vocabulario. A los ocho años podía manifestar, con uno u otro redoble, lo que no me gustaba y lo que me gustaba, incluso tenía un toque especial para exponer lo que me gustaba sobremanera.

A fin de agilizar las conversaciones familiares y no tener que soltar los palillos del *me gusta - no me gusta* para coger los platillos del sí y el no, me ataron estos a las rodillas y nuestros diálogos ganaron mucha fluidez.

A los quince años me enamoré. Esa emoción no la supe expresar ni con un sí, ni con un no, ni con un *me gusta* ni con un *no me gusta*. Como suspiraba mucho, mis padres me preguntaban qué me pasaba, pero yo carecía del instrumento preciso para responderles con exactitud. Un día escuché el sonido de una armónica y empecé a golpear con gran desafuero los platillos: ¡sí, sí, sí! y a aporrear el tambor: ¡me gusta, me gusta, me gusta! Enseguida me trajeron una. Con ella pude describir mi melancolía y decirles si estaba triste o contento. Para facilitar la comunicación, idearon un artilugio que sujetaba la armónica a mi cuello y la colocaba delante de mi boca sin tener que agarrarla con las manos, con las que podía seguir tocando el tambor.

Llegué a la edad en que hube que trabajar. Para que tuviese éxito en esta misión, mis viejos no repararon en medios. Me proporcionaron una guitarra; una trompeta, que coloqué delante de mi boca con el mismo sistema que la armónica; unos cascabeles, que me colgué en los tobillos; un bombo, que adosé a mi espalda, e, incluso, un acordeón, cuyo manejo alternaba con la guitarra y el tambor. De esta manera, me promocioné como hombre orquesta.

Durante un tiempo me gané muy bien la vida. En temporada baja tocaba en las esquinas de las calles de la ciudad, y en verano hacía bolos en las fiestas de los pueblos

cercanos. Siempre me llevaban mis padres, me ponían el sombrero chevalier de color rojo que usaba en el espectáculo y volvían a buscarme cuando acababa la jornada. Tuve éxito. La gente me aplaudía, me hacía corro, me dejaba monedas y se reía mucho.

Un día se alargó la actuación porque tuve que hacer un par de bises. Mis padres esperaban a que terminase para llevarme a casa. Entre los aplausos y las risas del público, oyeron comentar “lo mono y gracioso que resultaba”, y “lo bien que tocaba el mono”. Ellos, que eran personas positivas, interpretaron que se me veía mala cara y me llevaron al médico. Tras echarme un vistazo, les dijo que no tenía aspecto de estar enfermo, pero que, por si acaso, me llevasen al veterinario. El veterinario ratificó que yo era un mono sanísimo. Al día siguiente, mis padres me acompañaron a mi puesto de trabajo, pero nunca volvieron a recogerme.

Me quedé varado en aquella esquina. Exhibí mi tristeza tocando la armónica, pero la gente se cansó de verme así, y solo se acercaba para quitarme algún instrumento. Se los llevaron todos, menos los platillos.

El día del abandono fue el del gran declive que me trajo al lugar que ocupo ahora. Aquí. Donde estoy, encima del televisor de la residencia *La Salud*, como un pequeño mono de juguete. Hoy solo toco los platillos y solo cuando Mercedes, la limpiadora, para reírse un rato, me da un poco de cuerda.